zas que animan el mundo; el conjunto de las inteligencias humanas como partes de un gran todo; y para no romper enteramente con la antigua noción divina, para evitar el *horrible* ateísmo, llamamos Dios á este conjunto abstracto que realmente no existe más que en los individuos; pero este pretendido Dios es inseparable del mundo material y muere con él.

El panteísmo está tan próximo del materialismo, que es enteramente imposible trazar la línea geométrica que les sirve de límites.

En conclusión: el individuo nos muestra la misma evolución de la idea religiosa que la humanidad.

El niño es, primero, ateo inconsciente, después fetichista. El joven, primero politeísta, después fácilmente monoteísta. El adulto pasa muy á menudo al panteísmo ó al ateísmo consciente.

En otros términos: el hombre que recorre el círculo completo, empieza partiendo de la ausencia de creencia coincidiendo con la ausencia de inteligencia. Esta después se desarrolla, se desenvuelve, entraña concepciones religiosas que se suceden la una á la otra, cada vez menos groseras, cada vez menos quiméricas, para llegar á la CIENCIA, la grande, la suprema diosa, cien veces más bella en su desnuda realidad que todos los dioses cargados de oropel, á los cuales ha dado nacimiento la infantil imaginación de la humanidad.

CAPITULO IV

SERIE DE LAS NECESIDADES

I

Hemos estudiado los diversos grupos de necesidades naturales, aislando las unas de las otras, como el escalpelo del anatómico aisla un músculo para hacer posible su descripción; pero en el ser humano, como en todo ser, nada está aislado, todas las facultades, todos los apetitos, como todos los órganos, se enlazan y sostienen entre sí.

Así es, que al primer vistazo que se echa sobre la evolución del individuo y de la sociedad, de la unidad y la colectividad, vemos las necesidades naturales en el hombre, agruparse formando serie, dominando unas á otras según una ley natural á través del progreso de la edad ó de los siglos.

Como una planta que crece y se desarrolla hoja por hoja, botón por botón, el hombre adquiere sucesivamente sus necesidades y sus facultades. Por medio de una evolución gradual pasa de la vida vegetativa á la de conciencia, de ésta al deseo, del deseo á la voluntad.

Durante la vida embrionaria, el hombre no es más que un agregado de células y fibras que se multiplican y transforman en virtud de ciertas leyes, exactamente como un vegetal. Hacia el quinto mes de la gestación, el feto se entrega dentro de la matriz á movimientos que la madre percibe y que no son ciertamente los primeros. ¿Siente acaso entonces necesidad de moverse ó impresiones desagradables producidas por posiciones penosas que le mueven á cambiar de actitud? Es muy dudoso.

Cuanto más avanza el embarazo, tanta más energía adquieren estos movimientos. No cabe duda acerca de si el feto guarda ó no memoria de ellos; pero conscientes ó inconscientes, son fenómenos instantáneos que no dejan tras sí huella alguna.

Desde el séptimo mes, lo más tarde, el feto parece estar dotado de sensibilidad general. Esta propiedad fundamental existe en los abortos de esta edad, lo mismo que en los de seis meses, y mujeres embarazadas de siete ú ocho meses, cuya pared abdominal sea delgada, notan la palpación del niño perfectamente, pues éste ordinariamente reacciona por un movimiento brusco. La vida se animaliza ya, gradualmente.

Cuando el niño nace á su debido tiempo, está ya dotado de sensibilidad cutánea y de una impresionabilidad sensitiva tactil bastante desarrollada. En efecto, inmediatamente después de su nacimiento, la impresión producida por el contacto del aire frío, y asimismo la molestia ocasionada por la circulación al cambiar de medio bruscamente, arrancan al niño gritos de dolor. Después, cuando los órganos respiratorios funcionan regularmente, cuando ya se le ha envuelto en ropas calientes, calla y se duerme. ¿Duerme?

Es preferible decir, con Gratiolet, que no ha sido despertado. El sueño no es más que un paréntesis cerebral que enciera la abolición total ó parcial, pero momentánea, de la vida de conciencia, de la razón. Debe considerarse mucho más hombre el que menor tributo paga á la vida vegetativa, al sueño. Pero el recién nacido, provisto solamente de la conciencia en su modo más grosero, completamente privado de facultades, no hace más que continuar la vida fetal, esperando despertar ó más bien dormirse. Si bien es dudoso que á esta edad experimente el niño las necesidads de excreción, es probable que sienta las de digestión, el hambre. Su boca, por lo menos, ejerce movimientos de succión, y el pecho de su nodriza apaga sus gritos. ¡Cuán miserable y humilde es entonces el *homo sapiens*, aquel que en la plenitld de su desarrollo se convierte en dominador del mundo! Entonces entra en la faz de las necesidades nutritivas, pero no las posee aún sino imperfectamente; es todavía inferior á la mayor parte de los animales. Pero

este ser miserable que la muerte segaría despiadadamente, si estuvise abandonado á sí propio, lleva en sí el germen de las más nobles facultades.

Su evolución prosigue lentamente. Cada día, cada instante, le proporciona un progreso. La era sensitiva empieza. Poco á poco las relaciones con el mundo exterior se multiplican; los sentidos se especializan. Después de un espacio de tiempo variable entre uno y dos meses, se abren las puertas de la vista. El niño sigue con los ojos los objetos brillantes y empieza á viajar por un mundo encantado. Todo es nuevo para él; cada sensación le deleita; sonríe de placer.

No aprecia absolutamente las distancias; tiende las manos hacia la luna lo mismo que hacia su chupador, pero ya exterioriza las sensaciones visuales, sin que esto suponga que dicha exteriorización sea resultado de un juicio. Al propio tiempo que la vista, se despierta el oído y empieza el tacto su larga educación. El gusto es todavía muy imperfecto, lo mismo que el olfato. El niño bebe todos los líquidos, sin que parezca distinguir el uno del otro.

A partir de este instante la sensibilidad se irá perfeccionando sin cesar; mas para que llegue á alcanzar su mayor grado de desarrollo, es menester que la inteligencia juzgue y compare las sensaciones, que la memoria pueda recordarlas y que la imaginación, hija de la memoria, las trae de nuevo cuando la voluntad se lo exija.

La ausencia completa de la sensibilidad especial en el recién nacido, constituye un hecho importantísimo. El cerebro está provisto de todas sus partes constitutivas; los órganos de los sentidos son perfectos, bajo el punto de vista anatómico, y, no obstante, inútiles. Las imágenes se pintan en la retina del recién nacido, tan bien como en la del adulto; el nervio óptico, simple conductor, trasmite al cerebro la excitación especial que recibe; es, pues, el sensorio común el que no funciona; es la conciencia la que no puede percibir la sensación, sea que el cerebro espere para ello una modificación desconocida que el progreso le traerá, ó bien que sea necesaria una especie de educación de la sensibilidad especial. Un hecho sumamente curioso de his-

toria natural, observado en las especies ciegas de las cavernas, viene á afirmar esta última hipótesis:

«Dos individuos de una de estas especies ciegas,—la rata de las cavernas de Kentucky (Neotoma), — han sido capturados par el profesor Silliman, á media legua próximamente de la entrada del subterráneo, y no, por consiguiente, en sus últimas profundidades. Sus ojos, bien que privados de la facultad visual, eran brillantes y de grandes dimensiones, y cuando estos animales estuvieron expuestos durante un mes á una luz gradualmente creciente, fueron capaces de percibir de un modo vago los objetos que se les presentaban y empezaron á pestañear.»

He aquí la historia del desarrollo de la vista en el recién nacido.

Sea como fuere, el niño ha dado ya algunos pasos muy importantes en la senda de la vida. Vedle provisto de la sensibilidad especial así como de la impresionabilidad sensitiva y de la nutritiva, la cual se afirma por el hambre.

Las necesidades sensitivas especiales se acentúan cada vez más. Su oreja absorbe ávidamente los sonidos; extiende su mano hacia todos los objetos que hieren su vista; tiene ya, probablemente, conciencia de los movimientos.

Esta serie de modificaciones de la sensibilidad, está casi terminada, en sus principales rasgos, á la edad de cinco á seis meses. La sensibilidad moral es muy confusa todavía. El recién nacido, que sabe, no obstante, quejarse, gritar, irritarse quizá, no puede todavía llorar. Todo dolor vivo, sea de la naturaleza que se quiera, puede arrancar lágrimas; no obstante, estas, en el ser completamente desarrollado, están, sobre todo, bajo la dependencia de la impresionabilidad moral. El hombre adulto que al romperse un brazo no vierte una sola lágrima, solloza en una representación de *Otelo*.

Pero he aquí que aparecen en nuestro niño los fenómenos morales é intelectuales. La repetición de sensaciones análogas ó parecidas acaba por despertar una facultad, débil y vacilante en un principio, como toda facultad naciente; es la memoria. El niño reconoce su madre y la nodriza; sabe, cuando tiene hambre, hacer

torpes esfuerzos para descubrir el pecho que le alimenta. Una cara desconocida le asusta; sonríe á su nodriza, única que sabe acallar sus gritos, porque han resplandecido ya los primeros fulgores de la impresionabilidad moral. Bien pronto el entendimiento sigue á la memoria, aunque de pronto limitado á la percepción de algunas groseras relaciones de concomitancia, de sucesión, de causa ó efecto, etc. Más tarde aparecerá la inteligencia que, por algunos, se le ha supuesto ya; este segundo período nos conduce hacia el fin del primer año.

El ser despierta cada vez más á la vida de relación: empieza á arrastrarse ó á marchar vacilando hacia los objetos que desea. Así como la reiteración de las sensaciones ha suscitado la manifestación de la memoria, la continua percepción de relaciones nuevas hace despuntar la inteligencia, preciosa facultad á la cual debe el hombre su supremacía.

Con el poder de coordinar algunas de las más simples relaciones, nace el deseo de expresar las ideas por signos, por sonidos vocales. Producto espontáneo de la inteligencia humana, el lenguaje tiene en su principio un carácter individual y cada niño se crea una lengua pobre, incompleta, pero propia, antes de aprender la de las gentes que le rodean.

El niño congenitalmente sordo ó el que ha recibido su educación aislado de toda sociedad (Gaspar Hauser) no habla absolutamente, pero nadie duda que una multitud de niños educados en común, viviendo en sociedad, llegan necesariamente á crearse una lengua propia, pobre en verdad, pero afín á las de su raza.

La experiencia puede hacerse; pero no existe hoy en Egipto ni en parte alguna, un déspota bastante osado para intentarla.

Una vez poseedor de un lenguaje inteligible, es decir, hacia los dos años, el niño se halla provisto de todas sus facultades, débiles aún, pero que irán aumentando á medida que crezca.

Lo que entonces le caracteriza es una viva impresionabilidad, cada vez más moral, y una excesiva movilidad. Todo queda marcado sobre la blanda masa de su cerebro, pero una impresión borra la otra; no viviendo, por tanto, casi más que por el presente. Inca-

paz de atención, cautivado enteramente por la sensación del momento, su pasado y su porvenir carecen de horizonte. Riendo y llorando al mismo tiempo, abandonando un juguete por otro, sin cesar en movimiento, siente multitud de deseos, de sensaciones fuertes, pero siempre efímeras. Tiene impresiones morales: ama á su madre, tiene celos de los demás niños y hasta de aquellos animales que le arrebatan parte de las caricias maternales; es irritable y violento. Además, es poco menos que extraño á la piedad y á todas las emociones desinteresadas; francamente egoísta.

Aquí el estado moral se enlaza perfectamente al estado físico. Movilidad, impresionabilidad fugaz, memoria irrazonada, fácil y fugitiva; tales son los rasgos característicos del niño, es decir, de un ser cuyo cerebro se desarrolla.

En el niño, los elementos cerebrales,—células y fibras,—son nuevos, por lo tanto, fácilmente excitables, multiplicándose sin cesar, ya sea por proliferación (Virchow) ya por generación espontánea (Robin). Es, por decirlo así, una fusión viviente que, modificando y renovando sin cesar el ser cerebral, borra cada día las huellas de los actos del día anterior.

Durante el período de crecimiento tiene que engendrar necesariamente elementos nuevos, renovación quizá más ó menos general, sustitución de las viejas células cerebrales por nuevas células; no obstante, se nos resiste admitir la renovación continua é incesante de los elementos cerebrales, sobre todo en el adulto: En este caso, en efecto, ¿cómo se explica la memoria?

Más probable es que una vez formados, completos, dichos elementos, persistan hasta la decadencia de la vida, suposición corroborada por el poco efecto que la inanición prolongada produce sobre el volumen cerebral (el cerebro, entonces, parece devorar los demás órganos), como también por los caracteres morales de los ancianos, en los cuales dominan la firmeza, la antipatía por el cambio, hasta el momento en que una destrucción lenta de los elementos nerviosos ó una disminución considerable de su movimiento nutritivo, deprimen ó acaban por abolir enteramente sus facultades.

Nada de cambios bruscos en el niño desde la edad de cuatro ó cinco años hasta la pubertad. Sale poco á poco, sobre todo, de la faz sensitiva, para entrar en la moral. Lentamente y sin sacudida alguna las facultades, en particular la impresionabilidad moral, se desarrollan, se acentúan.

Esta impresionabilidad hace al niño capaz de afecciones para los demás; y al mismo tiempo ayuda el desarrollo de las facultades intelectuales, por los estimulantes de la educación y el orgullo. Las diferencias sexuales se declaran asimismo cada vez más. La niña es coqueta y sedentaria; viste, cuida y reprende á su muñeca; el niño se inclina, por el contrario, á los juegos ruidosos y violentos.

Pero en la pubertad, sobre todo, es cuando se verifica la verdadera apertura del período moral. El instinto sexual aparece y domina al ser como un tirano; el hombre se convierte verdaderamente en hombre y la mujer verdaderamente en mujer. La impresionabilidad moral adquiere, en uno y otro, una exquisita sensibilidad. Fuertes impresiones morales, frecuentemente repetidas, provocan el nacimiento de deseos durables: son, en una palabra, aptos para la pasión.

Entonces, al menos en el ser normalmente constituido, las necesidades nutritivas y sensitivas ceden el lugar á las morales. Amor sexual apasionado; amor místico, no menos fuerte; abnegación desinteresada por el ser amado, real ó ficticio, esplendores de la imaginación, torturas de las emociones morales; todos os hemos sentido; pero poco á poco, en ciertos hombres al menos, en los que recorren el círculo completo, pasáis á ser menos vivaces, menos imperiosas; cedéis el sitio al deseo de la fortuna, muchas veces á la ambición; en algunos (á quienes considero como los más perfectos prototipos de la especie) al amor al trabajo intelectual, sea su fin el que se quiera, ya las ciencias propiamente dichas, ya los estudios sociológicos ó morales. Este es el coronamiento del ser; la faz intelectual, no menos incontestable que las otras, tan necesaria en todos los hombres privilegiados.

II

La serie de necesidades naturales que acabamos de ver desarrollarse en el niño, las observarmos asimismo si estudiamos las metamorfosis sociales.

Sansimón hubo ya de notar, ó más bien bosquejar, esta idea general, que abandonó después para pedir prestadas sus características sociales á las fases religiosas. Esto es tomar el efecto por las causas, puesto que las religiones, lo mismo que las artes, las ciencias, las formas sociales, son simple y necesariamente la expresión de las necesidades dominantes. A. Comte siguió las huellas de su maestro, y antes que ellos ya Helvecio y Condorcet habían adoptado una clasificación fundada en el género de vida predominante. El hombre, cazador en su origen, se convertía en pastor luego, después en agricultor. ¿No es evidente que una clasificación basada sobre las necesidades dominantes, abraza todos estos modos parciales, todas estas costumbres, todas estas formas sociales, que tan estrechamente dependen de aquéllas?

La colectividad humana, lo mismo que el individuo, pasa sucesivamente por diversas edades rigurosamente encadenadas y que se engendran unas á otras.

Contemplemos al hombre en los albores de su vida verdaderamente humana, cuando empezando á desprenderse de la animalidad, sabe ya tartamudear algunas onomatopeyas, algunos centenares de palabras y tallar groseramente un arma de sílex. Entonces, su asunto más importante es comer y no ser comido. Sin vestidos, sin abrigo, la intemperie y el hambre, un hambre feroz, le torturan incesantemente. Nada de lazos sociales, nada de familia, pues no puede llamarse así á una asociación temporal en que la mujer es una bestia de carga destinada, lo más á menudo, á ser devorada por su marido y sus hijos, cuando su corta juventud se haya marchitado, ó cuando la caza haya sido desgraciada durante algún tiempo (Australianos). Aun en un período social más avanzado, los padres no mueren nunca de muerte natural. El parricidio es una costumbre, á veces un deber, y se desembarazan de sus viejos progenitores enterrándoles vivos (Viti).

Pero estos desgraciados es menester observarlos en su propio país, donde se ven obligados á luchar contra las exigencias de un clima de hierro. La polifagia, esta asquerosa enfermedad, es sumamente común entre los esquimales. Observémosles con Lyon (*Diario* de Lyon) cuando han capturado un buey marino ú otra presa cualquiera importante. «Koolittuck me hizo conocer, dice, un nuevo género de orgía entre los esquimales. Este, comía *hasta quedar embriagado*, adormecíase á cada momento, rojo y ardiente su semblante, abierta su boca. A su lado estaba sentada Arnaloa, su mujer, que vigilaba á su esposo con objeto de ir introduciendo en su boca un grueso pedazo de carne cocida, ayudándose para ello con su índice; cuando la boca estaba completamente llena, roía aquella la carne que colgaba de entre los labios de su esposo. Este mascaba lentamente y apenas quedaba un pequeño vacío, era llenado con un pedazo de grasa cruda. Durante esta operación, el hombre dichoso quedaba inmóvil, moviendo únicamente las mandíbulas, sin abrir siquiera los ojos; pero probando á cada instante su extrema satisfacción por medio de un gruñido sumamente expresivo, siempre que la comida dejaba libre paso al sonido. Las mujeres, después de haber dado de comer á sus maridos, hasta quedar dormidos, no se descuidan por su parte, ocupándose después en chacharear y mendigar, según su costumbre.»

¡Qué fiesta en Australia cuando una ballena muerta es arrojada á la playa! Es el supremo ideal, la dicha mayor. Hogueras encendidas en el campo llevan á lo lejos la nueva de este dichoso acontecimiento. «Los Australianos se frotan con la grasa todo el cuerpo y hacen adornar de la misma manera á sus esposas favoritas; después se abren paso hasta encontrar la carne magra que comen á veces cruda, y otras veces asada sobre unos palos puntiagudos que hacen las veces de parrillas.» A medida que van llegando otros indígenas, «sus mandíbulas trabajan fuerte y bien dentro de la ballena, viéndoseles saltar de acá para allá, sobre el hediondo esqueleto, en busca de los mejores bocados.» Allí permanecen durante días enteros, «untados de grasa

fétida de pies á cabeza, hartos de carne podrida hasta la saciedad, arrastrados á la cólera por sus excesos, y empeñados, por tanto, en riñas continuas; afectados de una enfermedad cutánea producida por aquella alimentación de tan pésimo gusto, y ofreciendo, en fin, un espectáculo repugnante.«No hay nada en el mundo más repulsivo, añade el capitán Grey, que la vista de una joven indígena, de formas graciosas, saliendo del esqueleto de una ballena en putrefacción.»

No obstante, no se puede invocar en favor de los habitantes de la Australia, á los que se siente uno tentado de llamarlos gusanos humanos, la circunstancia atenuante del clima, beneficio que gozan los habitantes de la tierra del fuego y los esquimales, más curiosos aun de ser estudiados, pues nos recuerdan absolutamente los europeos prehistóricos que amontonaron las agrupaciones de conchas *(kjokkenmöddings)* de Dinamarca.

Entre ellos, mientras el hombre persigue la caza mayor, la mujer recoge crustáceos y moluscos, metida dentro del agua en todas las estaciones en busca de huevos de mar. Siendo la caza mayor muy rara, las truchas, las almejas, los crustáceos, forman su principal alimento. Cada pequeña tribu, ó mejor aun, cada pequeño grupo, está en perpetua guerra con el grupo vecino, siendo invariablemente los vencidos comidos por los vencedores. De los hombres las piernas, de las mujeres los brazos y el pecho; lo demás es arrojado al mar. En los inviernos rigurosos, «cuando no pueden procurarse otro alimento, cogen la mujer más vieja de la tribu ó grupo, la colocan de modo que su cabeza se encuentre colocada sobre la inmensa humareda que se desprende de un fuego hecho á propósito con leña verde y la ahogan apretándola la garganta: su carne es devorada inmediatamente, pedazo á pedazo, sin exceptuar el tronco. Si se les pregunta por qué no matan antes los perros, contestan: «El perro sabe á Yappo, es decir, á nutria.»

Apresurémonos á pasar al siguiente período, ó sea el sensitivo.

Nos representan este estado, lo mejor posible, los Taitianos, talès como eran cuando el viaje de Cook.

Sus caracteres son de una movilidad excesiva; en un minuto pasan de la calma ó de la alegría, á la cólera; todo cuanto brilla ó tiene un color vivo excita en ellos ardientes deseos; dan gustosos un cerdo por una pluma roja. Poulaho, un caudillo de la isla de los Amigos, recibió del capitán Cook, con transportes de reconocimiento, un asiento de estaño, diciendo que siempre que tuviera que visitar alguna isla, lo dejaría en Tongatabou para que lo representara en su ausencia. No tienen idea alguna del pudor, ningún respeto á los ancianos, ningún sentimiento de justicia. La palabra *ley*, no tiene equivalente en su lengua, ni más ni menos que la palabra *gracias*. La asociación de los Areoïs erige en obligación el libertinaje y el infanticidio.

Aman el canto, la danza, las representaciones escénicas ó más bien mímicas; tienen instrumentos groseros de música, una poesía especial que, naturalmente, no celebra sino lo que admiran: la guerra, el amor físico, sus dioses múltiples y groseramente concebidos á imagen del hombre. Creen en una vida futura, pero esta nunca es la recompensa ó el castigo de los actos de este mundo, sino simplemente su continuación y su imagen.

Por otra parte, poseen algo de industria, tienen gran afición á ataviarse y pintar su cuerpo con diferentes colores, bastante arte para construirse viviendas, monumentos y armas bien hechas. Cultivan algunas veces ciertas y determinadas plantas y, ya sea por la espontánea generosidad del suelo, ya por la abundancia de caza, la alimentación está siempre suficientemente garantida. Poseen asimismo algunos animales domésticos (perros, cerdos), que son completamente desconocidos á los indígenas del Norte de América, que viven en un estado social análogo, y son tan insensibles á los goces morales, que su idioma no tiene palabras para decir *amar*. Hay entre ellos, no obstante, un principio de organización social, tribus numerosas que obedecen á jefes, y hasta jerarquía. Muchos son los pueblos que se encuentran hoy todavía en este período, particularmente los negros visitados por el capitán Spoke en la región de los orígenes del Nilo.

La faz que sigue es particularmente la de las necesidades morales, pues una organización social más per-

fecta, una industria más desarrollada, tienen por coro lario una abundancia relativa de grandes progresos intelectuales. El amor es siempre una de las cosas más importantes, pero es menos brutalmente físico. A menudo se ama por el gusto de amar, por el placer cerebral; las necesidades nutritivas fácilmente satisfechas se subalternan más y más. La familia está mejor constituída, hay en ella más unidad; la infancia y la vejez son siempre respetadas, á menudo sagradas; la persona y la propiedad están más ó menos bien defendidas; hay leyes, hay ideas de justicia. La monogamia es, generalmente, obligatoria; la mujer no es ya una bestia de carga, ni un simple instrumento de placer. Constitúyense grandes aglomeraciones de hombres, hay intereses, deberes comunes, una patria, ideas, pasiones de gloria y de patriotismo.

La religión es aún sumamente poderosa, pero más depurada. El politeísmo se simplifica, los dioses se purifican y ennoblecen, como el hombre que les ha creado y les adora; son todavía fuertes y despóticos, pero más dulces, más humanos. Al fin de este período se llega al monoteísmo y hasta al panteísmo.

Esta faz moral comprende poco menos que todo el período histórico, tanto más sensitivo, tanto más nutritivo, cuanto más se sumerge uno en el pasado remontándose á su origen; francamete moral en su período medio y tendiendo, por último, á la faz superior y suprema: la faz intelectual.

Esta última no la ha alcanzado todavía ninguna colectividad de hombres: es la faz del porvenir; puede predecirse sin querer echárselas de profeta. Las nobles necesidades intelectuales y las más elevadas necesidades morales, que fueron un tiempo la gloriosa herencia de algunas individualidades, son ya, y serán desde hoy, aun mucho más comunes, mucho más fuertes. Ya se honran los seres escogidos en los cuales resplandecen en alto grado; ya nos inclinamos ante estos tipos verdadera y completamente humanos. Cada día más, fatalmente, por el solo trabajo del *strugle for life* (combate para la vida), estos seres escogidos se multiplicarán. El día que constituyan la mayoría social, la humanidad habrá alcanzado este *millenium* tanto tiempo soñado. Ya no más superstición, no más despotismo; no más guerra, ni violencia brutal. El hombre será verdaderamente noble, verdaderamente digno, verdederamente independiente; los esfuerzos de todos tenderán á domar cada día más á la Naturaleza, á perfeccionar constantemente la organización social, á fin de dar al hombre toda la suma de dicha de que es susceptible.

Estamos muy lejanos todavía de ello, pero no importa; el planeta rodará en su órbita miriadas de siglos sin que la humanidad se extinga, y esta espléndida visión que únicamente podemos entrever y desear, nuestros descendientes la verán convertirse de sueño en realidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO